ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

CONFESIÓN GENERAL

DIÁLOGO EN PROSA

ORIGINAL DE



JOSÉ FELIU Y CODINA

MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1896



CONFESIÓN GENERAL

CONFESION GENERAL

DIÁLOGO EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ FELIU Y CODINA

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL, de Madrid, la noche del 14 de Marzo de 1896, en la función á beneficio del primer actor Don Fernando Díaz de Mendoza



MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

—

1896

INTERLOCUTORES

ELLA.................	Sra. D.ª María Guerrero.
ÉL....................	Sr. D. Fernando Díaz de Mendoza.

Despacho elegante.

En el centro una mesa con avíos de escritorio.

Puerta al fondo.

ESCENA PRIMERA

ÉL, con un paquete de esquelas

¡Ajá! ¡magnífico!... Aquí está la bomba. Mañana el estallido. (Se sienta, desata el paquete, saca una esquela y lee.) «Don Ramiro...» (Dejando de leer.) Vamos, yo... (Sigue leyendo.) «Y doña Loreto Núñez de Quiroga...» (Dejando de leer.) Ha tenido que ser con Loreto. Una mujer que no me dice nada, ni yo á ella. ¡Qué le hemos de hacer! (Sigue leyendo.) «Participan á usted su efectuado enlace y le ofrecen su casa...» Etcétera. Un matrimonio en ocho días. La pedí el viernes pasado y vamos á la iglesia mañana, que es el otro viernes. ¡A raja tabla! Y las circulares impresas, para que esta noche queden en el correo. De este modo, mañana temprano, con el primer reparto del interior, mientras el cura me bendiga á lo largo y á lo ancho, se extenderá por Madrid el notición. ¡Que me he casado! Estas cosas, de mañanita; el bólido también reventó por la mañana. Y el que se casa... ¡claro es que se casa, porque puede... porque era libre de hacerlo!... Un bígamo no iría á repartir circulares. Aquí está la lista para que ponga los sobres el escribiente. Todos, menos uno; uno, que lo pongo yo, y yo lo echo al buzón por mi propia mano... Y le haré una caricia al león de Correos cnando lo engulla. (Mete una esquela en un sobre y escribe en él.) «Señor don Alvaro Ruiz Vencejo.» ¡Este! No sé dónde vive; pero ni falta que me hace. Sé que es socio del Casino... ¡Al Ca-

sino! (Escribe.) Que la reciba y la abra allí, delante de todo el mundo, que se sorprenda, que pregunte y que le respondan: «Sí, señor; ese hombre era soltero!... Uno de nuestros primeros solteros. Tan soltero, como usted imbécil.» ¡Qué gusto!... Haberse figurado ese hombre... A mí, que he sido el don Juan más afamado... de la gran Sierra Morena. (Leyendo el sobrescrito.) «¡Señor don Alvaro Ruiz Vencejo.» ¡Toma risitas!

ESCENA II

ÉL y ELLA

ELLA — (Apareciendo por la puerta del fondo.) ¿Está usted visible?

EL — ¿Quién?... ¡Oh, señora!... ¡Qué sorpresa!... ¡Usted en mi casa, y tan solita!

ELLA — Despacio, despacio. Solita, no.

EL — Pues que pase quien venga.

ELLA — No haga usted salvas, porque no vengo solita.

EL — Como sea.

ELLA — Traigo escolta: mi dama de compañía, que se queda ahí en la sala inmediata.

EL — (Asomándose á la puerta.) Sí, allí la veo. (Saludando hacia fuera.) *Bon soir, madame.*

ELLA — A buen antro de infamias venía una, para determinarse á venir solita.

EL — Señora, usted tiene fuero; es usted viuda.

ELLA — (Sentándose.) ¡Bandolero! Un hombre que se casa mañana, ¡y cómo se le llena el cuerpo de alborozos, porque cree que se le entra en casa una mujer... solita!

EL — No me había de amargar un dulce.

ELLA — ¡Y recordándola que es viuda!

EL — Pero ¡qué viuda! No la daba yo á cambio de las once mil vírgenes.

ELLA — ¡Jesús, cuántas ponderaciones!

EL — Todas las que usted se merece.

ELLA Once mil; las he contado. Bueno; pues déjese usted de flores...
EL Si no se trajera usted el jardín...
ELLA Porque vengo á cosa muy seria.
EL ¿A deshacer mi matrimonio?
ELLA A remacharlo.
EL Dios se lo aumente á usted.
ELLA Me envían con una misión.
EL ¿Y cuál, hija mía?
ELLA La de confesar á usted.
EL ¿Usted á mí? ¡Delicioso! Vea usted cómo el pecar también conduce á la gloria. ¡Usted mi confesora! ¡Y cuánto me alegro de lo mucho que he pecado! Aquí está el penitente contrito y devoto. (Se sienta muy junto á ella.)
ELLA (Apartándole.) Deje usted en medio el confesonario.
EL Para los hombres no hay rejilla. Vamos allá; rezo el «Yo pecador...» los tres golpes de pecho... Mírelos usted; muy fuertes.
ELLA ¡Qué barbaridad!...
EL Y pregunte por esa boquita, joyel de perlas y corales.
ELLA ¡Chist! Que está usted ante el tribunal de la penitencia.
EL No sabe usted bien la que estoy haciendo en este instante.
ELLA Un poco de formalidad.
EL Toda la que usted guste. Empecemos. ¿Quiere usted oir la relación de todos mis pecados?
ELLA ¡Jesús, qué miedo!... No, señor, no. Eso sería interminable.
EL Afortunadamente; ¡si de eso trato!
ELLA Y le hacía á usted falta un confesor de más absolvederas. Yo vengo por la confesión de un solo pecado: el que comete usted mañana.
EL ¿Casándome?
ELLA No es ese. El casarse no es un pecado.
EL Por la penitencia que trae aparejada y que le anticipa la absolución.
ELLA El pecado de usted, no es casarse, sino hacerlo de la manera estrafalariá que lo hace. Vamos á ver. ¿Por qué se casa usted con tanta prisa?

ÉL ¡Ah, sí, señora! Por el sud-exprés.

ELLA Es una velocidad no acostumbrada en materia de matrimonios.

ÉL Para el viaje de ida. Para el de vuelta, ya se emplean mayores velocidades.

ELLA Bueno; pues explique usted esos ochenta kilómetros por hora, en el viaje de ida.

ÉL Tengo mucha prisa, señora.

ELLA A ver cuál.

ÉL Son motivos respetables, pero secretos. Yo se los revelaría á usted, porque á nadie más que á usted debo mis francas explicaciones.

ELLA Dispense usted...

ÉL Sobre todo viéndola á usted venir á mi casa y someterme á juicio oral; cosa que me halaga sobremanera...

ELLA ¡Ay, ay, ay!...

ÉL ¿Qué es eso?

ELLA Usted, amigo mío, se equivoca lastimosamente.

ÉL Yo, ¿por qué?

ELLA Usted se figura oir campanas.

ÉL Las oigo.

ELLA Y no son campanas, son cencerros. ¿Cree usted que es por mí, si vengo á demandarle explicaciones? ¡Esa pícara vanidad, que le ha de hacer caer en ridículo á cada paso!

ÉL ¿Dice usted que me equivoco?

ELLA Yo vengo enviada por su futura; por la pobre Loreto, que vencida por la imposición de su tío, á quien usted ha hipnotizado, se deja casar con un hombre al cual no conocía hace ocho días.

ÉL Tampoco yo la conocía á ella; estamos en paz.

ELLA Pues, aunque dócil, Loreto no es tonta; y antes que llegue el momento de que la unzan al carro triunfal de usted, quiere averiguar la causa de esa prisa tan sospechosa como extravagante.

ÉL Usted misma puede habérsela declarado.

ELLA ¡Yo!

ÉL Diciéndola: «Se casa contigo, porque yo no he querido casarme con él.»

ELLA Dejemos eso.

EL Usted lo pregunta; y el motivo es ese. ¡Yo la quería á usted, señora!

ELLA ¡Jesús! Ya está aquí Romeo.

EL Y usted... ¿lo digo?... Usted me quería.

ELLA No sea usted fatuo.

EL Tenía de ello señales ciertas. Usted oyó mis galanterías.

ELLA Las toleré.

EL Porque la agradaban á usted.

ELLA Como las de los otros.

EL Y yo me inicié, y usted no me atajó, y se corrieron las voces de que usted reincidía en el delito de matrimoniar, y sus amigas la cortaron varios sayos, y á mí otros varios, y yo me puse los míos y usted los suyos.

ELLA Y cuando me hubo usted colocado en evidencia, dobló la esquina y se marchó con otra.

EL Usted fué la que me dejó pegado á la pared. ¿No iba yo con buen fin?

ELLA ¿Y yo lo llevaba malo?

EL Usted no quería casarse.

ELLA Eso no lo diga usted de ninguna mujer.

EL Pues yo se lo propuse.

ELLA Lo que no quise, fué casarme como quien paga una letra; á ocho días vista.

EL Así era necesario.

ELLA ¿No comprende usted que eso era ridículo, indecoroso, ofensivo? ¿Qué habrían dicho las gentes? Sobre todo, no son tarjetas al minuto.

EL Y me condenó usted á casarme con otra.

ELLA Con la pobre y mansa Loreto.

EL No hallé otra novia disponible.

ELLA Buscaba usted novias hechas.

EL Tenía mucha urgencia.

ELLA Pues volvamos á Loreto.

EL Al contrario; huyamos de ella. ¡Si me queda aquí la agrazón de perderla á usted!

ELLA ¡Truhán!

EL ¿Ve usted cómo me quería? Si yo era el hombre que usted había soñado.

ELLA ¡Oiga! ¿Cómo lo sabe usted?

El	Porque soy todo lo contrario de su primer marido. Usted había adivinado en mí un buen sustituto. Soy mimoso. Eso usted lo sabe.
Ella	Porque usted lo dice.
El	Soy sufrido... Eso tambien le consta, porque tiene usted un geniecito... Y no soy un adefesio... De eso puede usted convencerse á cualquier hora, si tiene usted gusto.
Ella	Lo que es usted, un grandísimo pillo.
El	¿Verdad, que me quería usted... muy poco, vamos... nada más que una chispita?... Confiésemelo, deme usted este caramelo; ya ve usted que mañana voy á la parroquia, estoy en capilla, y al que está en capilla le sirven todo lo que pide.
Ella	Vaya, pues; en concepto de reo...
El	Eso es.
Ella	Diré á usted... Pero no vaya ahora á inflarse y á extender la rueda... Porque es usted un pavo...
El	¡Señora!...
Ella	Un pavo real.
El	Eso es otra cosa.
Ella	Pues bien, sí; yo le quería á usted un poquito...
El	¡No lo decía yo!
Ella	Pero muy poquito; no crea usted. Allá en un rincón muy apartado, casi en las afueras del pensamiento...
El	En el extrarradio.
Ella	Allí se me había ocurrido alguna vez decir: «¡Es simpático este botarate!»
El	¡Ay, gracias!... Por lo de simpático... ¡Y por lo de botarate también, qué diablo! ¡Puesto que así le gustaba á usted! ¿Y qué más?
Ella	Pues asimismo pensé... una ó dos veces... No imagine usted que muchas... Pensé: «Este...»
El	Este caerá.
Ella	Sí, señor.
El	Pues caí. Hoy jueves hace ocho días pedí á usted su mano.
Ella	Para el jueves siguiente; para hoy.

ÉL Exactísimo.

ELLA Y eso era una burla, hijo mío. ¡Pedir á una mujer al contado rabioso! ¡Váyase usted enhoramala!

ÉL Si es que era un trance de gran necesidad. ¡Créame usted! Lo juro. No era burla, sino apremio poderoso y mortal.

ELLA ¿Qué apremio?

ÉL Ese es mi secreto.

ELLA ¿Qué razón puede haber para que un hombre cuerdo se arroje al matrimonio igual que por una montaña rusa?

ÉL La hay. ¡Créame usted que la hay!

ELLA ¡Qué ha de haber! ¿Se ha caido una de un nido?

ÉL ¿Me devuelve usted su amor... esa miajita que ha dicho... si la convenzo á usted?

ELLA Como no ha de convencerme...

ÉL ¿Me otorga usted su mano para...? Retardaré mi boda... ¿Para dentro de ocho días?

ELLA ¡Otro cohete!

ÉL Lo va usted á saber todo. Verá mi inocencia, mi honestidad y la fuerza que me obliga.

ELLA Vaya de cuento.

ÉL La verdad. Al cabo me alegro, porque con usted yo necesito justificarme.

ELLA Conmigo, no; con Loreto. ¿No ha oído usted que vengo por ella?

ÉL ¿A que no es por ella por quien viene usted? Tampoco uno se cayó de un nido.

ELLA Ya hace usted la rueda.

ÉL Y á usted es á quien yo anhelo persuadir.

ELLA Muy difícil.

ÉL ¿Me devuelve usted su afecto, si lo consigo?

ELLA Como no lo consigue usted...

ÉL ¿Y vamos á la parroquia el viernes próximo?

ELLA Si me convence usted, iremos.

ÉL Oiga mi relato.

ELLA ¡Dios mío! Ya escucho. Parece que se levanta el telón.

ÉL Y empieza el drama. Yo no me he embarcado nunca ni en el estanque del Retiro.

ELLA ¿Y eso, qué tiene que ver?

EL — Que el hombre que se ha embarcado haya tenido que lamentar en su vida algún naufragio, es cosa triste, pero al mismo tiempo muy natural. Lo desesperante es, que yo, que me he mantenido... y me mantendré hasta dentro de ocho días...

ELLA — Veremos.

EL — Tan soltero como salí del vientre de mi madre, haya caído al mar una vez y me vea incluído en la estadística de los... náufragos.

ELLA — ¿Usted se cayó al mar?

EL — Y salí hecho una sopa.

ELLA — Pero, ¿fué en... en naufragio?

EL — Eso; en... naufragio.

ELLA — ¿Como amante?

EL — Como marido.

ELLA — (Riendo.) ¡Já, já! Es curioso. Siga, siga usted. A ver como pudo ocurrir eso.

EL — Fué en el pasado otoño. Regresaba yo de San Sebastián á Madrid. Cuando voy de camino, yo no me resigno jamás á las incomodidades del viaje, y teniendo, como tengo, repudiado el *sleepingcar*, porque aquello es una jaula dentro de otra jaula, me había ingeniado para proporcionarme un coche de primera clase, del cual era único huésped un minuto antes de dar la locomotora su pitada solemne. Yo iba sólo; ocho asientos, cuatro rincones, dos portezuelas, todo para mí.

ELLA — Un viaje ideal. Pero, ¿y el drama?

EL — Va á empezar. La escena pasa en el vagón de que iba hablando.

ELLA — ¿Es un drama unipersonal?

EL — Aguarde usted; ya irán saliendo los personajes. ¡Ay, señora! No habían de ser para mí las glorias de aquél viaje. En el momento en que se iba á dar la señal para la partida del *exprés*, por la puerta del andén se aparecía una mujer anhelante, aturdida, precipitada.

ELLA — ¡Hola! ¿Figura una mujer en la obra?

EL — El eterno femenino. Digióse al reservado de señoras; no pudo entrar en él; estaba ocu-

pado por entero. El factor la encaminó á mi departamento; arrojó en su interior los bultos que la conducía, y la dama se encaramó por el estribo dejándose caer sin respiración en el asiento.

ELLA ¡Ay, qué angustia! Temí que perdía el tren.

EL Cuando se hubo reposado, la dama me reconoció. El tren ya estaba en marcha.—«¡Hola! ¿Es usted?»—Era una preciosa muñeca, amiga mía...

ELLA Digámoslo así.

EL Nada más que amiga. Eso sí, éramos íntimos; ya comprende usted... con esa intimidad de verano, que se contrae en las playas y en los casinos, y que luego al otoño convierte en apartamientos y escama: un saludo á distancia en el Retiro, cuatro palabras furtivas en Apolo, y ni señal de conocerse en el Real ó en el Español.

ELLA Pero constante comunicación por el cable subterráneo.

EL Con esa, ya digo, nada más que una pura amistad. Había compromiso y riesgo en que fuera otra cosa.

ELLA ¡Vamos, acabara usted!...

ELLA ¿Y era bonita?

EL Una porcelana. Ojos claros, con rayas de lápiz azul, el cabello sobredorado, los labios de carmín rabioso; un dije, un *bibelot*.

ELLA ¡Ya! una mujer para el mármol de una consola. ¡Qué gustos tienen ustedes!

EL Creíme obligado á ser el caballero de aquel *biscuit*.—«¿Va usted á Madrid?»—«Sí, señor»—«¿Y cómo tan solita?»—Yo me sabía por qué la preguntaba eso; en San Sebastián nunca la había visto sola. Acompañábala un señorón francés, muy rico, según las trazas, gran bolsista ó gran banquero de París. —«¿Cómo tan sola?»—«Es que salgo huída,» me contestó.—«¿De...?»—«No; de otro.»— El que yo quería decir la había tenido que dejar unos días antes, para acudir á negocios. Y de quien ella huía, era de un galanteador audaz y vehemente, que comenzó á

perseguirla en cuanto se hubo quedado sola. Me explicó mi compañera de viaje, que se trataba de un hombre peligroso, locamente enamorado...

ELLA Digámoslo así, también.

EL Ella lo decía. Y que era muy guapo, y muy elegante, y muy distinguido.

ELLA Entonces, ¿por qué le huía?

EL Por amor...

ELLA ¿Al banquero?

EL No, señora; al carruaje y á las joyas, y á las grandezas de que la tenía rodeada. Lo que me dijo ella:—«Por una locura no he de perder mi porvenir.» Vamos, que el nuevo galán la gustaba, pero le temía. Me contó que una vez llegó él á introducirse en su cuarto de la fonda. Le arrojó, y para librarse de sus persecuciones le dijo que era casada, y que la respetara.

ELLA ¡Miren la farsante!

EL Había estado tres días oculta, después de los cuales tomó el tren sin despedirse de nadie.

ELLA Y se acabó la aventura.

EL Pluguiera á Dios. Ahora empieza lo lastimoso. Los hados adversos no favorecieron el sacrificio de la heróica muñequita. Estaba escrito.

ELLA Suele estarlo.

EL Llegamos á Miranda. Ella iba asomada á la ventanilla de la izquierda, cuando lanzó un grito y se vino hacia mí llena de turbación. —«¡Él!» me dijo,—«¿El francés?»—«No; el español. Ahí está, en el andén... Me ha visto.»—En efecto; él la había visto, pues no acababa aún de pararse el *exprés*, cuando ya se habría la portezuela, y aparecía en el estribo un mozo desembarazado, apuesto, muy moreno y muy andaluz.

ELLA ¡Qué interesante se pone esto!

EL Oiga usted, oiga usted. En tanto que el nuevo huesped se ponía de un brinco dentro del coche, la rubia me decía aterrada, en tono de súplica ferviente:—«¡Protéjame usted!» El joven... es decir, el otro joven, por

que yo también lo soy, y no vengo destinado á tales lances... El otro joven colocó su maletín en la alambrera y se volvió para saludar.—«¿Cómo está usted?»—Ella no le tomó la mano; antes, con una frialdad exagerada, tendió el brazo hacia mí diciendo... ¡Oiga usted, señora!... diciendo estas palabras:—«Mi marido.»

ELLA (Riendo.) ¡Jesús!... Pues eso tiene mucha gracia.

EL Maldita: no sea usted cruel. El andaluz hizo: —«¡Ah!...»— Y me embozó en una mirada que me dió tres vueltas: las sentí. Y acomodóse en un rincón, mientras la mujercita rubia ocupaba el asiento inmediato al mío.

ELLA Y camino adelante.

EL Adelante; y yo, comprometido ya...

ELLA Por esa vanidad que le quita á usted la vista y el juicio.

EL Yo empecé á representar mi papel de marido con todas sus consecuencias. La piedra ya estaba tirada. ¿Cómo osar á quitarme la máscara, exponiéndome á que me preguntara aquel hombre con qué derecho me había burlado de él y tuviésemos que cruzar dos balas?

ELLA Es claro; no tenía usted perdón de Dios.

EL Comenzó, pues, el naufragio. La presencia de un marido enardece, y el mozo enamorado me predestinó desde el primer momento.

ELLA Me va usted dando lástima.

EL Yo conocía el peligro; sentía el agua que ya me mojaba los pies... Pero ¿qué remedio ya? Mi integridad no padecía.

ELLA Es cierto.

EL Dejé que la nave se fuera hundiendo.

ELLA Bienaventurados los mansos.

EL El andaluz se puso á hablar con la fugitiva. ¡Qué verbosidad, y qué destreza, y qué trasteo! Le admiré. ¡Cómo hacía patentes las bellezas del camino! ¡Qué poético valle! ¡Qué grupo de rocas bravas!... Allá un rebaño... acullá un río... más lejos un corro de luga-

reñas, un pueblecito, una torre, una arboleda... ¡un túnel!

ELLA ¡Jesús, Dios mío!

EL En los túneles, yo me extremecía. Aquella voz melosa, insinuante, andaluza, esmaltaba los paisajes, los encuadraba, les hacía retoques... En Pancorbo, mi mujer ya se había puesto de un salto á la ventanilla, juntito al galán temible. En Briviesca, ya no se acordaban de mí. En Quintanapalla, ya les estorbaba...

ELLA ¡Ahora sí que me da usted compasión!

EL En Burgos... En Burgos ya me decidí á nadar, á buscar en las olas una tabla salvadora. Salté del coche y me metí en otro que iba atestado; sentado entre una niñera y un ama de cría, hice el resto del viaje hasta Madrid.

ELLA Y en Madrid, ¿qué?

EL Fuí por mis bultos, que se habían quedado en el domicilio conyugal; no era cosa de perderlos. Además, estaba decidido á revelarme ante el andaluz, en todo el esplendor de mi soltería.

ELLA ¡Gracias á Dios, hombre!

EL Pero en el vagón encontré á la muñequita sola.

ELLA ¿Y el joven temible?

EL Se había apeado en Avila.

ELLA ¿Y cómo fué eso?

EL Por miedo á mí.

ELLA ¿No le desengañó ella mostrándole la supercheria?

EL Al contrario. ¿Cómo habría conseguido que la dejara? Aquel hombre se marchó convencido de que me había hecho su víctima.

ELLA ¡Qué iniquidad, pobrecito!

EL ¿Lo comprende usted todo ahora? Hay un hombre en el mundo que puede mostrarme á sus amigos, diciendo: «A ese, yo le he tirado á pique.»

ELLA ¡De ningún modo!

EL Y ese hombre está en Madrid, va á los sitios donde yo voy, me tropiezo con él á todas

horas y le veo que se sonríe al mirarme con una expresión de lástima y superioridad, que me crucifica y me exaspera.

ELLA Tiene usted razón.

EL Por eso he de casarme á toda prisa, para que comprenda que el burlado fué él, y que yo soy quien le da en la cabeza.

ELLA ¡Sí, señor!... Debe usted casarse.

EL Es que temo que ese hombre desaparezca de Madrid. De ahí mi prisa.

ELLA Sí, señor; en seguida. Eso es horrible. Debe usted casarse, y con su mujer agarrada á su brazo, pasear toda la corte así... (Cogiéndole del brazo.) á todas horas, en busca de ese hombre, y dar vueltas con ella por delante de su casa...

EL Y si eso fuera con usted...

ELLA ¿Y Loreto?

EL Loreto se casará con otro que lleve más calma.

ELLA Me llamará traidora.

EL Vamos; que he hecho confesión general. Impóngame ahora la penitencia.

ELLA La verdad es que me ha convencido usted.

EL ¿No me tiende usted la mano para sacarme del agua donde caí?

ELLA (Tendiéndole la mano.) Soy del Salvamento de náufragos.

FIN DEL DIÁLOGO

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª* calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directa mente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán **servidos.**